

como la del principio del siglo XIX en España, que no ofrece, según él, ni brillantez ni grandeza.

El señor Casares no ha comprendido que al escribir yo novelas del siglo XIX no lo he hecho por buscar con intención una época sin brillantez y sin grandeza, sino por colocar las figuras en un ambiente próximo, comprensible y explicable.

No me choca, la verdad, que el señor Casares no haya entendido mi intención, porque miembros de una Academia como la Española, presididos por el señor Maura, que redacta sus cartas (su único bagaje literario) de una manera más enmarañada y más confusa que cualquier escribiente de Juzgado, no pueden tener el tanto de claridad espiritual necesario para darse cuenta de las cosas.

Yo encuentro que en una época cercana se puede suponer, imaginar o inventar la manera de ser psicológica de los hombres que vivieron en ella. En cambio, el modo de ser de los hombres de hace doscientos, quinientos o más años, a mí al menos, se me escapa.

No me bastarían todos los documentos que pudiera reunir para darme cuenta aproximada de cómo era un hombre de lejanas centurias.

En mi espíritu, un romano antiguo, un italiano del Renacimiento, un conquistador español o un cortesano de Luis XIV, se me representan como siluetas tan amaneradas, tan estilizadas, tan terminadas, que se me figura que no se les puede añadir ni quitar nada.

De ahí que, para mí, libros como *Salamambo*, de Flaubert, o *Los Mártires*, de Chateaubriand, o el *Quo Vadis?*, de Sienkiewicz, son por esencia errores fundamentales. En cambio, no lo son algunas de las novelas de Walter Scott, ni *La Cartuja de Parma*, de Stendhal, ni otras muchas obras de Balzac y de Dickens, de carácter histórico próximo al tiempo en que ellos vivieron.

Tampoco es un error, sino, por el contrario, un gran acierto, *La Guerra y la Paz*, de Tolstoy, porque Tolstoy pudo comprender a los rusos de la campaña de Napoleón casi por impresión directa, sin tener que recurrir a versiones amaneradas y manoseadas, convertidas en lugares comunes por largos años de retórica de los más perfilados pendolistas literarios...

Dispensad que, para hablar de pequeños ensayos míos, aduzca y traiga a colación tan grandes ejemplos; pero yo no pretendo compararme con estos célebres maestros que he citado. Lo único que pretendo es aclarar mis intenciones y en parte también sincerarme.

Ramuntcho, de Loti

Un escritor, al hablar con simpatía en un artículo de mi libro *Zalacáin el Aventurero*, citaba varias veces *Ramuntcho*, de Pierre Loti.

Esta novela la leí hace tiempo con gran delectación. No sé si influyó en mí o no, pero nunca tuve el pensamiento de imitarla.

Yo he sentido gran admiración por *Ramuntcho*, de Loti, pero una admiración más externa que interna.

Ramuntcho, desde ciertos puntos de vista, es una maravilla. Nunca se ha pintado el país vasco con un prestigio tan sugestivo como en este libro. El aire, el clima, los días de viento Sur, los caseríos, las pequeñas villas al pie del monte Larrun, la ensenada del Bidasoa, toda la escenografía de *Ramuntcho* es admirable; pero lo interno, el alma de los vascos de este libro, flaquea; estas criaturas de Loti son algo femenino, turbio y sensual, que no corresponden con exactitud a nuestros vascos.

No pensé en *Ramuntcho*, de Loti, al escribir *Zalacáin*. Si hubiera pensado en él, hubiera sido para mí el modelo de lo que yo no podía pretender ni tampoco debía hacer.

A pesar de ser un pueblo pequeño, ha habido bastantes definiciones del pueblo vasco y del tipo vasco. Voltaire lo consideró como un pueblo saltarín que baila sobre los Pirineos; otros vieron su fanatismo; otros, su concentración, y otros, su orgullo.

Tampoco está mal la frase que se atribuye al cardenal Richelieu. Cuenta el jesuita Rapin en su *Historia del Jansenismo*, y lo acoge Sainte-Beuve en su *Port Royal*, que hablando un día el cardenal del célebre abate de Saint Cyran, que era Etcheverry de apellido, con el padre Joseph y el abate de Prières, el cardenal aprobó lo que decía el abate de Prières, pero pretendió que no iba hasta el fondo.

«Os diré—añadió—lo que pienso: Saint-Cyran es vasco; así tiene las entrañas calientes por temperamento; este ardor excesivo le envía a la cabeza vapores en los cuales se forman estas imaginaciones melancólicas, que él toma por reflexiones especulativas y por inspiraciones del Espíritu Santo».

Aquí hay una adivinación del vasco muy curiosa.

Esta explicación de Richelieu podría servir muy bien para otros vascos, antiguos y modernos.

Respecto a nuestra petulancia, el abate Iharce de Bidasouet, en su fantástica *Historia de los Cantabros*, publicada hacia 1820, cuenta esta anécdota, que luego ha corrido por otros libros:

Un príncipe de Rohan, que estaba restaurando un castillo, pidió a un vecino vasco unas piedras que había en la propiedad de éste. El vasco se las negó; discutieron, y en la discusión el Rohan dijo:

—Sabed que los Rohan datamos del siglo IX.

Y el vasco contestó:

—Nosotros, los vascos, no datamos.

Recuerdos y detalles históricos

En esta novela mía, *Zalacáin el Aventurero*, el personaje principal está inventado, porque esta obligación de inventar el héroe existe desde que se han escrito novelas.

Los detalles históricos no están tomados de libros, sino de viva voz. Algunos los oí de labios de mi padre, que estuvo en la guerra carlista de voluntario liberal; otros los escuché de sus amigos. Los tipos, paisajes y costumbres están vistos en realidad durante mis caminatas y paseos por el país vasco y en el pueblo guipuzcoano en donde estuve de médico.

Sin embargo, y esto parece una negación de mi aserto, un crítico francés, M. Peseux Richard, que escribió hace años un artículo acerca de mis libros en la *Revue Hispanique*, afirmaba que en *Zalacáin* había anécdotas que aparecen en un fabulario del siglo XIII o XIV. Al leerlo entonces quedé un poco asombrado; hoy no me asombraría, porque he visto las mismas anécdotas atribuidas en un pueblo a una persona y en otro a otra, y hasta a mí mismo me ha pasado el caso de inventar la historia de un comisionista chusco que hacía varias mixtificaciones, y después oír contar anécdotas de este comisionista inventado por mí como si fueran ciertas.

El color en el arte occidental

Hablar del dibujo y del color de una obra literaria no es una transposición exagerada de los conceptos de un arte a otro; por eso, el uso de estas palabras en literatura es corriente; ahora, defender la tesis, como lo hace Spengler en la *Decadencia de Occidente*, que la música está dentro de las artes plásticas, ésta ya es una afirmación un tanto barroca, más propia para un orador elocuente de